

Carlos Mijares

Poética de la arquitectura

Gonzalo Celorio

El 19 de marzo pasado, poco antes de cumplir 85 años, falleció el arquitecto mexicano Carlos Mijares, cuya imaginación constructiva se manifestó de manera tan libre como matemática. Si propone y rompe con beligerante originalidad, también recupera y asimila con profundo respeto, afirma Gonzalo Celorio en esta emocionada reflexión.

UNO

Carlos Mijares, tan generoso y abundante en sus palabras, en sus referencias, en sus entusiasmos y aun en su fisonomía robusta y barbada, patriarcal, considera que su obra arquitectónica es escasa: un edificio, un par de casas, una iglesia provinciana, una capilla rural y funeraria. Sin embargo, Carlos Mijares es un arquitecto tan prolijo como su discurso, porque la arquitectura no sólo consiste en apuntalar en tierra firme los castillos contruidos en el aire. La arquitectura es, también y sobre todo, una poética del espacio, para decirlo en términos de Bachelard: es hablar del espacio y hacerlo transcurrir como si su materia fuera el tiempo (no en vano los conocedores aluden, por ejemplo, a la “danza de los arcos” para señalar la periodicidad, el ritmo con que las columnas irrumpen en las crujías de los claustros monacales); es advertir que el espacio agreste no es otra cosa que un papel en blanco en el que ha de articularse una escritura que nos salve del caos y nos proteja de la intemperie; es leer el espacio transcurrido por el hombre y ver en tal itinerario su historia y su pertinencia: quisiera creer que la palabra *antropo*, que define nuestra

esencia, se refiere a *antro* —la caverna, nuestro primigenio lugar de residencia.

Carlos Mijares es arquitecto, pues, no sólo en la medida en que construye, sino en la que habla: construye en la medida en que su palabra discurre sobre el espacio.

DOS

Como quien narra una corrida de toros o una travesía marítima, Carlos Mijares habla de la arquitectura: con enorme pasión, con la propiedad terminológica del entendido y con el rigor crítico del iniciado.

La pasión primero. Sus palabras sobre arquitectura son entusiastas porque el entusiasmo —ya lo dije— es parte entrañable de su carácter: es el ánimo rebosante que lo envicia en la ópera, la tauromaquia o la gastronomía. Merced a ese entusiasmo, compartimos la relación de sus espacios como si se tratara de un aria, de una faena o de un platillo.

Después, el conocimiento, la precisión de los vocablos y por ende su belleza. Al igual que en el campo semántico de la fiesta brava o de la marinería, la lengua española es rica en palabras arquitectónicas. Y cierta-

mente son palabras bellas y precisas como el arte al que responden. Carlos las sabe y las disfruta. Las utiliza con naturalidad y con placer y, como Adán en el Jardín, construye por el solo acto de nombrar.

Por último, el rigor crítico, que no es otra cosa que la pasión y el conocimiento en equilibrio.

Sí. Uno puede aposentarse en las palabras de Carlos Mijares, vivir en ellas, por ellas transcurrir.

TRES

Carlos Mijares piensa la arquitectura como un escultor. No se construye un espacio, sino que se le pone límite al paisaje. ¿Cómo hacer que de tal concepto no proceda un sentimiento de clausura, de restricción, de cautiverio? En ello va la sabiduría del arquitecto. Ciertamente Carlos pone límites —tal es su oficio—, pero siempre imprecisos o ilusorios —tal es su talento—. La naturaleza está presente en cada gesto de su obra: en la iluminación natural de los recintos que construye, en el empleo de materiales vírgenes, en la utilización de formas geométricas puras. Así, lo de adentro y lo de afuera se mezclan y se entrecruzan con pasmosa naturalidad: el amor pasa por la ventana que vincula la noche con el dormitorio, la oración trasciende la intimidad de la capilla y se eleva hasta su Destinatario, y el patio, la escalera, el tragaluz favorecen los sueños.

CUATRO

Sobre los retos constructivos que suponen sus obras religiosas —unas por audaces, como la iglesia de Ciudad Hidalgo; otras por lúdicas, como la capilla del panteón de Jungapeo—, pervive la imaginación primordial que las motivó. Es la de Carlos una imaginación tan libre como matemática, y mucho tiene que ver con la imaginación poética, que es inusitada y convincente, portentosa e irrefutable a un tiempo. No se restringe, no se inhibe, no entra en razón —convencionalmente hablando—, y a la vez es real, tangible, contundente como un pájaro que anidara en la cresta del arco iris, para poner un ejemplo de Vicente Huidobro.

La arquitectura de Carlos Mijares es feliz. Sí; es feliz como se dice que es feliz una imagen poética: feliz por original, por afortunada, por brillante, por oportuna, por exacta. Feliz. Y en esa felicidad, acaso, reside su sentido del humor. Sí; la arquitectura de Carlos Mijares tiene sentido del humor. Ante la iglesia de Ciudad Hidalgo —que es un homenaje entre verbal y arquitectónico al concepto de capilla abierta que Vasco de Quiroga trasladó a Michoacán— o ante el oratorio del panteón de Jungapeo —que es un verdadero juguete de tabiques—, uno sonríe; necesariamente sonríe. ¿Por qué? Por la fidelidad constructiva a la ensoñación primigenia: en el



Carlos Mijares, Christ Church, México, 1988-1990

desarrollo de la construcción —accidentada, expuesta a sobresaltos, a intervenciones diversas, a ritmos incalculados— no se claudicó del impulso poético, hasta cierto punto loco o infantil, que le dio origen; antes bien se enriqueció con tales contingencias, como se enriquece la imagen poética en el discurso mismo del poema.

CINCO

Culto y sensible y por lo mismo respetuoso, acomoda sus proyectos al lugar donde habrán de realizarse; no sólo al paisaje, urbano o rural, que los circunda, sino a la tradición arquitectónica de la comunidad en la que se inscriben.

Sus obras son el resultado del diálogo persistente entre el arquitecto y los maestros albañiles, entre el papel albanero de los planos y el tabique de la construcción, entre la imaginación y la realidad —a cual más desbordada.

Carlos Mijares tiene en su haber una obra moderna que no habrá de envejecer como suele envejecer la modernidad, porque si propone y rompe con beligerante originalidad, también recupera y asimila con profundo respeto. Su vanguardia —si se me permite el disparate— va lo mismo hacia delante que hacia atrás. **U**

Los artículos periodísticos que dan cuenta de la reciente muerte de Carlos Mijares ponen énfasis en la condición poética de su arquitectura. Gonzalo Celorio señaló esa condición hace más de veinticinco años en un artículo que sirvió de prólogo a un libro sobre su obra que se publicó en Bogotá en 1989.